
ESENCIA DEL TOREO

Por *Pedro Laín Entralgo*

[“Esencia del Toreo”, en *Revista de Occidente*, diciembre 1968, p. 327-337]

Esencia entendemos aquí lo permanente e invariable en las cosas.

¿Hay en el toreo algo permanente e idéntico a sí mismo a través de todas sus facetas tan diversas hoy?

La corteza del toreo actual, lo que constituye su contorno más inmediato y una parte de su cuerpo es:

el toreo es una actividad que concede lucro y prestigio social, es un espectáculo que da ocasión al inmediato lucimiento del protagonista, es una costumbre festiva en la cual cristaliza una antigua tradición ritual.

Concisamente, el toreo es negocio, espectáculo y rito.

Desde que el toreo dejó de ser deporte de caballeros y se convirtió en profesión lucrativa, se convirtió en deporte de hombres de origen modesto:

Más cornás da el hambre.

Dijo un torero contestando a la frase de otro:

Más cornás dan las mujeres.

La verónica, etc. no son sólo ejercicios de oposición al lucro, pero también son eso.

Es además espectáculo.

El pase natural, la estocada son la ocasión para que el torero logre ante quienes lo contemplan esa fugaz granjería a la que los españoles solemos llamar “lucimiento”. Como dice el nombre del traje “traje de luces”.

Por ejemplo, el “desplante” es la expresión más completa y llamativa de la espectacularidad que es inherente a la corrida de toros. No al toreo en cuanto tal, sino a la corrida, a la realidad que resulta cuando el toreo se hace espectáculo.

Si no fuera para el protagonista ocasión de lucimiento, si no fuera atractivo espectáculo, no sería el toreo lo que es.

En tercer lugar, rito.

No es azar histórico que el toreo sea una tradición lúcida y emocional con casa propia en un muy determinado lugar del planeta, la Península Ibérica,

las zonas de América y el Sur de Francia. Ni que el culto del toro, característico de las viejas civilizaciones mediterráneas, haya tenido en ese lugar una de sus más importantes sedes.

Ángel Álvarez de Miranda hizo más que verosímil la conexión entre los toros y ciertas religiones de la Hispania prerromana.

Con toda su actual realidad estética, espectacular y negociosa, la corrida sería expresión hispánica y taurica de una ley de carácter general, según la cual el mito religioso se concreta y manifiesta en rito, y éste, desacralizándose, secularizándose, acaba convirtiéndose en juego.

Mito, rito, juego

Lo que fue mítica creencia en la significación cósmica del toro –fiereza, vigor, sobre todo sexual– termina siendo espectacular y solemne juego con él, ante los ojos de una muchedumbre emocionada.

Sólo muy vaga y oscuramente perciben el torero y el público este velado y entrañable carácter ritual de la corrida; pero uno y otro saben muy bien que el espectáculo del toreo no es simplemente una bella y arriesgada diversión.

O como sentenciosa y sibilamente suele decirse que el toreo es por esencia “algo serio”.

¿Es que hemos venido a aquí para divertirnos?

decía a un espectador novato un aficionado viejo y consciente.

El toreo es, sin saberlo el oficiante, un rito ancestral que se ha hecho juego. Y aunque la lidia sea unas veces gravedad rondeña y otras, gracia sevillana, nunca dejará de advertir esa realidad quien sepa contemplarla atentamente.

Imaginemos, sin embargo, que un torero, por vocación, siente en la soledad de la dehesa el deseo de dar unos lances al toro que en ella señorea. Ahora no le mueve la sed de lucro y triunfo, y lejos de la plaza-templo y de la corrida-fiesta nada en su acción puede ser ahora sombra de un rito lejano.

Lo que ahora es el toreo en este caso es lo que de la faena quedaría en el ruedo si suprimiésemos de ella cuanto en ella pone su triple condición de rito, espectáculo y negocio.

La desnuda acción de un hombre que ante una bestia capaz de acometerle se complace de citarla una y otra vez y en ponerse en ese peligro, burlándola después.

Se dice del torero que el toro ha despertado en el ánimo del torero las ganas de torear. En este caso seguiría toreado, aunque no se den las condiciones que le alimentarían el lucro, etc.

Bajo el manto del negocio, del espectáculo y del rito, el toreo nos está ofreciendo ahora su verdadera esencia.

Veámosla:

¿Qué tiene que haber en la serie de actos del toreo (pase, muerte, etc.) para que su conjunto merezca plenamente el nombre de “toreo”?

Cuatro cosas:

juego

desafío

poder

drama

No hay lance aceptable en el que no se den simultáneamente esas cuatro cosas, pero no en todos los lances se dan con la misma proporción. Veámoslas una a una:

Lo que en el toreo hay de juego muéstrase sobre todo en la verónica. La relativa anchura del capote y el hecho de que éste pueda ser simultáneamente prendido y movido con las dos manos, dan más campo al engaño y hacen que sean considerablemente menores la realidad y la impresión de riesgo. Así prevalece la habilidad de un hombre que juega con la ciega embestida de un toro y tal es la razón por la que la gracia –de los sevillanos– encuentra en el tercio de capa su ocasión más propicia.

Jugar es, entre otras cosas, mostrar superioridad frente al mundo mediante la hábil y suelta ejecución de actividades no vitalmente necesarias.

Además de juego, el toreo es desafío. Desafiar es enfrentarse deliberadamente con una realidad peligrosa, siendo uno más o menos vulnerable al peligro que hay, pero con la intención de salir indemne del encuentro con ella. Así la impresión de desafío es máxima cuando es mínimo el engaño de que se vale el lidiador, es decir, en la suerte de banderillar.

La suerte en que más ostensible se hace lo que el toreo tiene de poder –el grave y eficaz dominio del hombre sobre la bestia– es el pase natural. Como tantas veces dice Zubiri, la realidad es poderosa. El toro es un animal poderoso, con su peso, su traza, su andadura, su mugido y sus astas. Pero sobre este poder del toro está el poder del hombre sin otras armas que su inteligencia, la ligereza de sus miembros y el tenue engaño movedido de un trozo de paño. Toreando al natural se ve: el poder del hombre sobre la fuerza y el instinto de la naturaleza.

El verdadero toreo, sin embargo, exige que en el curso de ese desafío a la fuerza y fiereza del toro haya un permanente drama potencial: el drama de la cogida con su sangrienta y acaso letal consecuencia. Solemos llamar dramática a toda acción humana que lleva consigo, como posibilidad no remota, la muerte de quien la ejecuta. En toda la corrida no hay un momento en que la cornada no sea posible.

La estocada es el trance que más evidente hace el dramatismo del toreo. Dos razones hacen dramática a la buena estocada: que con ella va a morir el toro y que el torero puede en ella morir.

Va a morir el toro; va a cumplirse el destino para que fue engendrado; va a hallar el fin hacia el cual, a través de pastos, tientas y peleas, iba él inconscientemente viviendo. El patético destino que lleva sobre sí el toro de

lidia se hace brusca y violentamente manifiesto cuando, herida su entraña por el frío rayo metálico de la espada, alza la testuz al cielo y cae al suelo para siempre.

La muerte del toro tras la estocada es como el desenlace de una tragedia sin libertad, la inmolación de quien sin poder saberlo ni quererlo ha sido a la vez héroe y víctima.

Sólo por eso, aun cuando en la prehistoria del toreo hubiese el pasado mítico y religioso de que nos hablan los historiadores, tendría un carácter cuasi-sacral la muerte del toro en la plaza.

Quien no sepa sentirlo así cuando el toro se derrumba, ése será un curioso o un folklorista del toreo, pero no lo que grave y técnicamente solemos llamar "un aficionado".

Muriendo el toro puede matar a quien lo mata y este es el segundo de los momentos que hacen tan dramático el trance de la estocada.

Con la mulera en la mano izquierda, el torero trata de mantener baja y fija la cabeza del toro, mientras consume la suerte que la retórica más trivial llama certeramente "suprema".

Si no logra esa necesaria fijación y el toro levanta la agobiada testuz, es grande el riesgo de que su cuerpo caiga sobre el asta derecha de la bestia, con la consiguiente posibilidad de que el victimario se convierta en víctima.

Muerte en la tarde, dice el estupendo título de Hemingway y esta tanática realidad, tan patente en la estocada, otorga a la corrida de toros su último sentido.

En su esencia, el toreo es un encuentro entre el hombre y el toro bajo forma de lidia, en el cual hay desafío, juego, ostentación del poderío humano y muerte real (la del roto) y muerte posible (la del torero).

Esto es en toreo lo esencial y perdurable, desde que en el siglo XVIII comenzó a ser lo que hay es, y aun desde antes.

Tal esencia puede realizarse en forma de verónica, gaonera, par de banderillas, pase natural, molineta o estocada; y de manera sevillana o rondeña; y en el vivir tosco y sentencioso de los toreros que dicen

Más cornás da el hambre.

o en la existencia refinada de los que compran libros y asisten a cursos de filosofía; y a través de la opulencia y la gloria o de la estrechez y el fracaso; y en la plaza de toros entre los aplausos y los gritos de un público denso y sudoroso, o en la soledad del campo, sin más testigos que la encina callada o el rumoroso cañaverol.

Aunque la plenitud del toreo –la ocasión en que tal esencia logra su más acaba realidad– sea, como es obvio, esa abigarrada conjunción de espectáculo, negocio y rito a que por antonomasia damos el nombre de „corrida“.

¿En qué medida la esencia del toreo es perceptible hoy en la corrida actual?

¿Hasta qué punto lo que el toreo tiene de negocioso espectáculo deja hoy existir en su figura y su seno las cuatro notas esenciales que sumariamente hemos descrito? No puedo responder porque ya hace años que no veo una corrida de toros.

Juzgando por los trenos de los verdaderos aficionados, tengo que pensar que la esencia del toreo se haya hoy bastante maltrecha; que la corrida de toros es con harta frecuencia muy poco esencial, tanto en el sentido filosófico del término como en el sentido cosmético y olfativo.

Pero algún momento habrá, creo yo, en que el torero, sólo movido por su gesto y su afición, fugazmente olvidado de contratos, itinerarios, cortijos y aficiones bancarias, quiera que

el capote,
la muleta y
el estoque

sean en sus manos lo que los tres deben ser:

Instrumentos para la ejecución de una acción humana a cuyo entresijo pertenecen, como nervios esenciales,

el desafío,
el juego
el poderío y
el drama.

RESUMEN

¿Cuál es lo permanente e invariable en los toros?

En el toreo actual hay negocio, espectáculo y rito.

Con toda su actual realidad estética, espectacular y negociosa, la corrida es seria expresión hispánica (según Álvarez de Miranda) y taurica de una ley de carácter general según la cual:

El mito religioso se concreta y manifiesta en rito, y éste, desacralizándose, secularizándose, acaba convirtiéndose en juego.

Imaginemos bien, sin embargo, un torero por vocación lejos de la plaza – templo de la corrida-fiesta –toreando en la dehesa. Lo que de torero queda ahora es lo que quedaría en la plaza si se suprimiese lo que en él hay de rito, espectáculo y negocio.

Bajo el mando de negocio, espectáculo y rito, el toreo nos ofrece su verdadera esencia:

¿Qué conjunto de actos necesita el toreo para llamarse tal?

Juego

Desafío

Poder

Drama

No hay lance aceptable en que no se den simultáneamente esas cuatro notas, aunque con diversa proporción:

Juego Verónica

Desafío Banderillar

Desafío Pase natural

Drama La estocada

Dos razones hacen dramática la estocada:

Con ella va a morir el toro y el torero puede en ella morir.

La muerte del toro tras la estocada es como el desenlace de una tragedia sin libertad, la inmoción de quien sin poder saberlo ni quererlo ha sido a la vez héroe y víctima. Sólo por eso, aunque en la prehistoria del toreo hubiese el pasado mítico y religioso, tendría un carácter cuasi-sacral la muerte del toro en la plaza.

En su esencia, el toreo es encuentro de hombre y toro en el que hay

desafío

ostentación de poder humano

muerte real (la del toro) o posible (la del torero)

ARTE Y ESTÉTICA DEL TOREO

El toreo, ya desde Francisco y Pedro Romero, es un arte clásico, apoyado en preceptos y cánones inmutables, establecidos desde antiguo.

«En consecuencia, puede decirse que el toreo es el arte de reducir y someter a una fiera, según unas normas clásicas inmutables en su esencia, importando realizar este arte bellamente, con arreglo a unos procedimientos formales más o menos invariables y sometidos a gustos y modas, acompañando todo ello de una doble emoción estética y trágica. Torear no puede ser, simplemente, aprovecha la movilidad que el instinto de acometividad proporciona al toro y hacer a este pasar por debajo de la muleta o entre los vuelos de un capote. Torear es dominar ese instinto de acometividad, reduciendo la fiera a la voluntad del hombre y aprovechando su movilidad, ya gobernada, para el placer y la emoción de este dominio y

de toda la belleza plástica y humana que de él pueda derivarse.»
[Acquaroni, 1964: 60-61]



«Todo pasa, cae y se hunde en el vacío; pero entre las cosas que más pasan están las hazañas del torero. Ciertos vislumbres de la belleza física pueden quedar arrancados por la resaca del arte al mar del olvido en los lienzos de un gran pintor; pero la pintura, aun en un Goya, en un Lucas o en un Roberto Domingo, da idea apenas de un lance taurino, aunque pueda darla de su marco o de su ambiente.

Es el sino de ciertas actividades, y en el toreo se agrava. Porque el gran deporte dispone de unas reglas más fijas, y las marcas batidas tienen una consistencia evaluadora, aritmética y casi científica de que carecen las ovaciones momentáneas o las caprichosas apoteosis de las plazas de toros.

Ni siquiera vale la comparación con la danza, porque esta, sobre tener una preceptiva más rígida, se desarrolla de ordinario en un aire menos emocional y, además, al bailarín o a la bailarina, para fijeza del recuerdo, se les puede ver varias veces en la repetición exacta de los mismos movimientos, pasos o piruetas (salvo caso raro, como el de Pastora Imperio, de quien Falle me contaba con admirada indignación que nunca pudo conseguir que bailara igual dos veces seguidas El amor brujo cuando se estrenó).

En el toreo la cosa es peor todavía, por muchos motivos, de los que no diré sino dos. En primer término, la lidia de cada toro es literalmente "única", no solo por los imponderables que la rodean, sino porque hay que amoldarse veloz y peligrosamente a cada todo, y el toro tiene una individualidad rabiosa: no hay dos toros iguales. Pero, además, porque en la plaza las potencias del alma están tan enceladas en el espectáculo, que, si el entusiasmo puede despachar telegramas urgentes al corazón, en cambio los ojos no pueden enviar placas bien impresionadas a la memoria.

La gloria del torero es más rápida y brillante que la de cualquier otro artista. Un gran poeta, un gran pintor o un gran músico, si mueren o se jubilan, quedan sometidos al vejamen de la crítica y a los altibajos de la moda. Porque, antes de convertirse en "antepasados", sus obras, que están todavía ahí con sus virtudes y sus fallos, siguen haciendo de ellos "competidores". Y las gentes que llegan después quieren vanidosamente "antepasados", pero no "competidores". Por ello, el torero que llega a la fama está en postura mejor. Como sus faenas se han evaporado, ha cesado mecánica y absolutamente de ser "competidor". Desde el primer momento pasa a ser "antepasado" y se convierte en "leyenda". Quiere decirse que su fama es más inasible, pero más inmarcesible; más sutil, pero más luminosa; en definitiva, etimológicamente más "fama".»

[Epílogo de Emilio García Gómez a Qué es torear, de Gregorio Corrochano. Madrid: Revista de Occidente, 1966, p. 262 s.]



«La corrida de toros no es un partido de fútbol. No es una obra de teatro. No es un concierto de música. No es un lienzo de pintura. No. Cuando hablamos del Arte de la Tauromaquia no nos referimos a esas manifestaciones complacientes del espíritu. El literato rompe el papel donde escribe tantas veces como no se guste, el dibujante borra el trazo inservible, el compositor tira a la papelera, tantas veces como lo crea conveniente, el pentagrama donde escribe su música. El toro no es ni un papel, ni un lienzo, ni un pentagrama: es el animal de mayor ferocidad y potencia de nuestra Naturaleza, dotado de inteligencia y de memoria, con un comportamiento propio que lo distingue de cualquier otro de su misma especie y armado de dos pitones como dos terribles puñales.

El matador no es un artista que dejándose ir por su capricho o su momento creativo cada vez que se siente inspirado se pone a la tarea en su estudio cálido y maternal. El torero representa la renunciación a todas estas condiciones normales de la creación artística. Tiene que combatir a muerte un día decidido de antemano, a una hora que no es la suya, ante el concurso simbólico de toda una ciudad, lejos de su madriguera, fuera de su territorio, a la luz. ¿Esta tarea tan gigantesca es propia de un artista? ¿Ésta es una actividad semejante a la que hace un pintor, un músico, un escultor? No, ni mucho menos. La tauromaquia es algo que va mucho más allá del arte generalmente considerado.

Lo sobrepasa, como dice el filósofo Gómez Pin, «por exceso de radicalidad y ambición». La seriedad, la hondura de la tarea de un torero alcanza una profundidad, alcanza unos registros del alma que tienen que ver con una liturgia agonística, con una mística pagana, capaces de movilizar en el espectador materiales psíquicos tan profundos como los que habitan en nuestro propio inconsciente.

Machado, nuestro poeta filósofo se hizo la misma y radical pregunta. «¿Qué es un matador?» La palabra es grave –nos recuerda Machado– ¿qué es un matador, un espada, tan hazañoso como fugitivo, un ágil y esforzado sacrificador de reses bravas...? Si no es un loco –todo antes que un loco nos parece este hombre docto y sesudo...–, ¿será, acaso, un sacerdote? No parece que pueda ser otra cosa».

Con ello Machado nos viene a decir que la tauromaquia tiene el rango religioso de un sacrificio antiguo y que su ejercicio, proyecta, tanto al torero como al espectador, en un universo espiritual que está más allá del Arte, que sobrepasa el Arte.

Cuando asistimos, en la plaza, y subrayo la plaza, a una corrida de toros donde un matador realiza una faena redonda, vivimos unas emociones, unas sensaciones, una turbación exaltada, maravillada, un entusiasmo que nos hace levantarnos de nuestro asiento, medido en tiempo real un instante quizá, pero que se vuelve completo, total, envolvente, eterno. Todos los aficionados saben que estas sensaciones, experimentadas individualmente, están mucho más allá de lo que se entiende por Arte.

La tauromaquia más que un arte, como diría Ignacio Sánchez Mejías, es un milagro.»

[Pedro Romero de Solís: “La tauromaquia contemporánea: La formación social de un arte manierista”, en *Revista de Estudios Taurinos*, N.º 27, Sevilla, 2010, págs. 11-47]
